

terró á nuestros padres de aquel delicioso lugar, arruinó su felicidad, y destruyó para siempre su inocencia, condenándoles á ellos y á toda su posteridad al trabajo y á la miseria.

Saca de aquí, el grande aborrecimiento que debes tener á este pecado, mirando los terribles estragos que ha causado en el cielo, en la tierra y en los infiernos.

PUNTO 2.

Considerar, que siendo la soberbia tan nociva y perjudicial, y debiendo ser por consiguiente el objeto de la abominacion de todo hombre, es el vicio mas universal y dominante, pues cimentada en nuestro amor propio, apenas raya nuestra razon, cuando, al instante, aparece nuestra soberbia.

Ponderar, que no hay desierto ó sitio retirado donde ella no se abrigue: no hay lugar santo á donde no entre: ni condicion ó estado que ella no ataque. ¿Qué mas? hasta con la capa de la humildad se disfraza, persigue al humilde, y mil veces le incita á que busque estimacion y gloria en el ma-

yor abatimiento y desprecio. ¡O, con cuanta razon dice la Sabiduría, que le es detestable la arrogancia y la soberbia!

De esto inferirás, con cuanto cuidado debes vivir, para no dar entrada en tu corazon á este enemigo astuto, pues te consta el disimulo con que procura dominar y ocultarse aun en la práctica de la virtud. Desconfia de tu amor propio, y en cuanto se te ofrezca busca tu humillacion, acordándote que Dios tiene empeño en abatir á los soberbios.

MEDITACION LXVI.

AVARICIA.

PUNTO 1.

Considerar, que la malignidad de la avaricia no solo consiste en que las riquezas sean ilícitamente adquiridas, sino en la sed insaciable con que se buscan, y en el apego de nuestro corazon á ellas, aun cuando por un camino justo nos vengan.

Ponderar, que este horrible vicio fué sin duda el primero que reprobó Jesucristo en su célebre sermón del monte; pues abriendo su boca, dice el Evangelio, comenzó su doctrina por exhortar á sus discípulos á que desprendiesen su corazón del amor á las riquezas de la tierra, asegurándoles: que no la sed y ansia del oro y de la plata, sino el desapego del espíritu de semejantes bienes, les daría la verdadera felicidad. ¿Puede pedirse una condenación mas clara de la avaricia? ¿Será bastante segura y sana esta lección, que nos dió el Hijo de Dios para encaminarnos al cielo?

Saca de aquí, el imprimir en tu alma la importante doctrina de tu divino Maestro. El mundo instruye á los suyos con moral muy distinto, llamando felices á los ricos. Haz seria reflexión sobre tan opuestas doctrinas, y me dirás entonces cual es la que debemos seguir.

PUNTO 2.

Considerar, que este vicio no solamente es indigno de un pecho cristiano, sino que tam-

bien es opuesto aun á los sentimientos de la naturaleza, de manera, que la avaricia nos hace insensibles y duros; ingratos á los beneficios, y crueles con nosotros mismos.

Ponderar que el avariento, como pone todo su corazón en el sórdido interés, descuida de todo lo demás; y así las miserias ajenas no le conmueven, y ve con la mayor indiferencia la ruina de sus semejantes, que á poca costa podría remediar. Se olvida de que lo que posee lo ha recibido de Dios; y quebranta con ingratitud el mandamiento espreso en que Dios le ordena la misericordia de sus prójimos: y lo que mas admira es, que su avaricia lo constituye verdugo de sí propio; porque ni come, ni viste, ni se divierte, ni hace mas que estar como un esclavo atendiendo y cuidando un tesoro que de nada sirve ni á él, ni á Dios, ni á sus hermanos.

Saca de esto, el procurar huir con todo empeño de tan maligna pasión, que es raíz de tantos y tan enormes pecados. Procura partir de lo que el Señor te diere con los

necesitados; y no tengas desconfianza; porque la caridad y la misericordia siempre atraerán la bendición sobre todas tus cosas.

MEDITACION LXVII.

LASCIVIA.

PUNTO 1.

Considerar, que aunque todo pecado mortal sea de una grandeza como infinita, por privarnos de un bien tan grande cual es la gracia y la caridad, sin embargo, en la lascivia se advierte una especialísima disonancia con la limpieza y santidad de Dios, que la constituye por lo mismo sumamente aborrecible á sus ojos.

Ponderar, que esta vergonzosa pasión tiene un efecto funestísimo, y es, obscurecer y cegar el entendimiento, para que no perciba la fuerza de las verdades santas que pueden salvarlo, y endurecer la voluntad de modo que nada la conmueve. Desde luego que este vicio se abriga en nosotros, to-

do se acaba: ya no hay pudor, honor, respeto, gracia, cielo ni Dios, siendo el infeliz resultado, el ser como imposible la conversión.

Horrorízate, pues, de semejante monstruo, y sea el fruto de esta consideración, ocurrir con todas veras á la Virgen mas pura que adora el cielo, Madre santísima de Dios, y pedirle, que por esa misma pureza de que hizo tanto aprecio, conserve limpio tu cuerpo y alma, y no consienta que tan fea culpa te manche.

PUNTO 2.

Considerar, que este vicio es como la gangrena, que necesita el mayor cuidado y diligencia para precaverla; pero si por alguna desgracia atacase, es menester pasar por sacrificios, aunque sean muy dolorosos como el cuchillo y el fuego, para cortarla; porque si progresa, la muerte es indefectible.

Ponderar, que es señal y pronóstico de la gravedad del mal, la insensibilidad del enfermo, y este es el estado del lascivo: vive tranquilo cuando ya está pisando su

sepulcro; las promesas divinas no le alienan; ni las amenazas y castigos eternos le aterran. El cáncer de la lujuria cundió hasta la médula de sus huesos; y no quiere ni apetece otra cosa que alimentarse del mismo veneno que le mata. ¿Qué remedio tendrá el infeliz que es atacado de esta enfermedad?

Saca de aquí, ocurrir con tiempo á los antidotos mas eficaces de semejante vicio. Castiga tu carne para que no te acometa; frecuente la oracion y los sacramentos; y vive siempre cauto, pues el que no desconfia del peligro, será prontamente vencido; y en esta materia, mas que en cualquiera otra, se verifica lo que dice el Espíritu Santo: Bienaventurado el que siempre vive temeroso.

MEDITACION LXVIII.

IRA.

PUNTO 1.

Considerar, que no hay cosa mas expresamente mandada por Jesucristo, que el amor fraternal con que mutuamente debemos amarnos: y es tanto el deseo que su Magestad tiene de que se cumpla este precepto, que por antonamasia lo llama *mandamiento suyo*. Luego para medir la gravedad de la ira, te basta saber, que es un vicio enteramente opuesto á la caridad; y que debe estimarse, en cierto modo, como el mayor de los vicios, pues es contrario á la caridad, que es la mas grande de las virtudes.

Ponderar, qué formidables y qué escandalosos son los efectos de esta pasion; pues aunque es cierto que todas ciegan el alma, ninguna produce esto tan completamente como la ira. El iracundo es semejante á un bruto, que roto el freno corre sin tino. En el transporte de su furor todo lo olvida: obra sin razon; y en sus gestos, ade-

manes, acciones y palabras es un verdadero y temible frenético. Así lo califican cuantos le rodean; y aun él mismo, pasados los momentos de su indignacion, lo conoce, y como avergonzado confiesa, que estaba fuera de sí, y no sabía lo que egecutaba.

Saca de aquí, el empeñarte en corregir desde su principio esta pasion, si te conoces combatido de ella; pues si toma cuerpo, casi es invencible. Revístete siempre del santo temor de Dios, pues con éste, como dice el Real Profeta, aborrecerás la soberbia y la arrogancia, que son las que fomentan la ira.

PUNTO 2.

Considerar, que justísimamente es muy temible esta pasion; porque mil veces se acompaña con otros muchos vicios. En medio del fuego de la ira, como la razon está turbada, no se reflexiona lo que se hace, ni se repara en lo que se dice, y así con facilidad se injuria, se miente y se murmura.

Ponderar, que la cólera sin freno, es una espada que á un mismo tiempo da dos he-

ridas. Lo primero, ofende á la persona contra quien nos airamos, deseándole en aquel acto mil males, y procurando tal vez herirle en lo mas sensible: y lo segundo, daña al mismo iracundo; porque indefectiblemente pierde la tranquilidad y el sosiego de su espíritu; vive siempre inquieto y lleno su corazon de amargura; y en ninguna parte encuentra cosa que le consuele. ¿Podrá imaginarse vicio mas aborrecible?

Sea fruto de estas consideraciones preguntarte á tí mismo, siempre que seas tentado de la ira: ¿qué me será mas útil, desfogar mi cólera, ó contenerme? Yo te aseguro, que tu conciencia te aconsejará la calma; y desde luego conocerás, que este dictámen es acertado, pues con él viene la paz y alegría de tu corazon.

MEDITACION LXIX.

ENVIDIA.

PUNTO 1.

Considerar, que no hay pecado ni menos conforme á la razon, ni mas vergonzoso al que lo comete que la envidia; pues en el mismo hecho de entristecernos del bien y mérito ageno, confesamos, que hay tal excelente cualidad ó tal mérito en otro: y si verdaderamente lo hay; luego es muy indecorosa nuestra tristeza, y muy infundada é injusta nuestra envidia.

Ponderar, que aunque no hay vicio ni passion á que por nuestra miseria y fragilidad no estemos espuestos, ninguna ciertamente es mas comun, ni mas general su dominio que la envidia. Hay ciertos crímenes propios de la juventud, que no lo son de la vejez: algunos espican su poder en tal estado, y en otras circunstancias desaparecen; pero no así la envidia; porque su veneno alcanza á todas edades, estados y condiciones. Si vemos á nuestros prójimos, dice S.

Agustin, en puesto ó dignidad semejante á la nuestra, los envidiamos y nos entristece su igualdad: si son inferiores, los envidiamos, temiendo se nos igualen: y si son superiores, tambien los envidiamos; porque no podemos igualarnos á ellos.

Saca de aquí, cortar esta maligna planta desde luego que asoma. No permitas que arraigue, esperando arrancarla despues; porque lejos de perderse su vigor con la edad, parece que á proporcion que crecen nuestros dias, echa raices profundísimas y se robustece.

PUNTO 2.

Considerar, que la gravedad de la culpa se mide por la excelencia de la virtud á que se opondrá; y siendo la envidia contraria á la mayor de las virtudes, que es la caridad, se deduce, que su malignidad es enormísima.

Ponderar lo primero, que una de las cosas que hace tan abominable este pecado, es ver que nace de pura perversidad del corazon; pues el envidioso, sin esperar utili-

dad ni interés, y sin haber recibido ofensa ni injuria alguna, desprecia y abomina a su prójimo, únicamente porque lo advierte justo y lo ve feliz. ¡Y podrá concebirse mayor malicia ni cosa mas desagradable á los ojos de Dios? Ponderar lo segundo, los funestísimos resultados de esta pasion; porque causa mil veces discordias en las familias, desuniones, pesares; y por satisfacerla se siguen crueldades, ódios implacables, y tal vez muertes, como lo comprueban los sucesos que leemos en la historia santa.

Saca de esto, alejar de tu corazon tan infame vicio, acostumbrándote á elogiar las buenas prendas ó cualidades de tus prójimos: Alaba al Señor, y dale gracias por ellas, aunque tal vez lo resista tu amor propio, y te parezca ofendido tu mérito personal. Esto sí te atraerá el agrado y la bendicion de Dios, y esto hará ver que eres hijo suyo.

MEDITACION LXX.

GULA.

PUNTO I.

Considerar, cuan justamente merece el pecado de gula el nombre de capital, pues el desórden y exceso en el comer y beber, es el origen verdadero y manantial fecundo de otros innumerables y enormes crímenes.

Ponderar, que la misma naturaleza condena este horrible vicio, por cuanto él solo basta para arruinarla. Por la demasiada comida ó bebida se ofusca la vista, pierden las manos el tacto, y flaquean ó vacilan las piernas, temiéndose en cada paso una caída. Ella desarregla las funciones de los órganos naturales, y, lo que es mas, entorpece las potencias del alma, hasta quitar el uso de la razon, y dejar al goloso capaz de equivocarse con un tronco inerte, ó privarle súbitamente de la vida. ¡Ojalá no fueran tan comunes y tan ciertos estos efectos! mas, si lo son, ¿no pasma que haya quien se entregue a tan horrenda culpa?

Saca de aquí, el pedir inmediatamente á Dios te libre de semejante desórden; y si por desgracia te domina, ofrece al Señor, por medio de su santísima Madre, cuantos sacrificios puedas: interpon en tu favor el valimiento de todos los santos: en una palabra, pide, ruega, llora y no ceses, hasta alcanzar verte libre de pecado tan fatal y tan peligroso.

PUNTO 2.

Considerar, que son tantos, tan graves y tan irremediables los males que causa en el alma, que sin comparacion exceden á los que causa en el cuerpo. Inhabilita las potencias, de manera, que quien es dominado de la gula, llega á ponerse incapaz de pensar, querer ó acordarse ni de Dios ni de sí propio. Gemirá en el borde del sepulcro, y no lo advierte: está ya para caer en el infierno, y no lo conoce. ¡Habrá situacion mas infeliz!

Ponderar, que, sobre esos formidables efectos, tiene el terribleísimo de ser vicio para el que casi no hay remedio ni en lo divi-

no ni en lo humano. El Señor, es verdad, mil veces querrá tocar el corazon; pero ¿qué auxilios podrán obrar en quien está peor que un bruto? Morirá, sí, morirá en su pecado; y así lo acredita una triste esperiencia. Quizá entre mil esclavos de esta maldita pasion, no se ve uno que vuelva al orden, y recobre su libertad.

Infiere de estas reflexiones, cuanto debes amar la moderacion y medida en el comer y beber; pues el cuidar demasiado de las muchas viandas y esquisitos potages, es formarte un Dios de tu vientre; como dijo S. Pablo; y hacerte fácilmente miserable víctima de esta pasion, que ella sola basta para llenar el infierno. Evita, principalmente el uso de los licores, pues por mil aparentes motivos damos principio, y despues no hay fuerza que nos contenga.

MEDITACION LXXI.

PEREZA.

PUNTO 1.

Considerar, que la pereza es aquel disgusto que se nota en algunos, cuando practican sus egercicios espirituales, y aquella especie de camiento y desgano con que muchas veces egecutan los actos de virtud. Vicio muy temible; porque son muy graves sus resultados.

Ponderar, que este vicio lleva consigo un sumo desprecio de la grandeza y magestad de Dios, á quien dirigimos nuestros cultos, oraciones y súplicas: porque así como un vasallo deshonoraria á su rey, si con esa flojedad y tibieza le dirigiera la palabra; así tambien falta al respeto y reverencia debida el cristiano, cuando se presenta ante el Rey de cielos y tierra, y sin fervor ni diligencia le ofrece sus sacrificios; siendo esta deshonor tanto mas grave, quanto es mayor, sin comparacion, la diferencia que lleva Dios al hombre.

De aquí debes sacar enmienda de tan grosero defecto; y al comenzar tus actos devotos, recuerda la dignidad y excelencia del Señor, ante quien te hallas: esto te obligará á cumplir tus egercicios con el empeño y reverencia que corresponde.

PUNTO 2.

Considerar, que esa misma negligencia y descuido se arraiga de manera, que forma en nuestro ánimo una mala costumbre irremediable; porque la continuacion hace que ya no reparemos ni hagamos alto en esa pereza; y como se hace insensible, se hace tambien incurable.

Ponderar, que uno de los mayores males que ocasiona este vicio es, que el desgano y disgusto con que practicamos los egercicios espirituales va siendo mayor cada dia; y con el hábito llega á engendrar tal tedio y desabrimiento en las cosas divinas, que por él las omitimos enteramente. El otro mal es, que no pudiendo por esa pereza y camiento ser nuestras oraciones agradables á Dios, perdemos todo el mérito en ellas;

porque es inútil que trabaje la lengua, si el alma está disipada, perezosa y fria.

Saca de aquí pedir al Señor, que con los impulsos de su gracia te ponga en movimiento, para que en tus ejercicios devotos tengas aquella agilidad y alegría que tienen los verdaderos hijos de Dios. Desde el principio resiste á la pereza, á fin de que no cobre fuerza, y despues no puedas corregirla.

MEDITACION LXXII.

AMOR DE DIOS AL HOMBRE.

PUNTO 1.

Considerar, que es tan grande el amor que Dios tiene al hombre, que excede á toda ponderacion. Aunque se empeñe la sublime sabiduría de los Querubines, no conseguirá comprehenderlo; y esto nada tiene de extraño, cuando se necesita no menos que el infinito conocimiento de un Dios para medirlo.

Ponderar, que desde la eternidad fué el hombre el blanco á que miraba el amor divino. Desde entónces lo amó Dios; pero con tan viva y tan decidida inclinacion, que no parece sino que de amar á esta pobre criatura, dependia la gloria, el bien y felicidad del Criador. Aun no era el mundo, y los ojos divinos ya estaban fijos en el hombre. Cuanto ha egecutado en el tiempo, y cuanto hará por toda la eternidad, es por el hombre. Examina bien esto, y dime si es posible un amor mas grande.

¿Qué debes sacar de esta consideracion? El derramar tiernas lágrimas, avergonzado de no tener mas que un corazon incapaz de corresponder un amor tan fino, tan ardiente y tan acendrado; pero ya que no puedas otra cosa, emplea al menos tu lengua en bendecir á un Padre tan amante, diciendo con David: *Bendeciré al Señor en todo tiempo, y siempre estarán en mi boca sus alabanzas.*